

BIBLIOGRAFÍA TRINITARIA

PÍKAZA, X., *Jesús educador*, Khaf, Madrid, 2017, 395 pp.

Decía Jaeger que la *paideia* no atañía tanto (ni solo) a los contenidos propios de la educación ni a las diversas etapas del proceso de aprendizaje, cuanto al proceso interno de autoconciencia en el que a la persona se la enseña a conocer sus fuerzas y debilidades, sus capacidades y limitaciones, de modo que, a través de una fuerte disciplina, se la preparaba para que buscara la sabiduría y, así, se convirtiera en un buen ciudadano de la *polis*. En esta senda, san Agustín, de profesión y vocación maestro, cristianizó la *paideia* clásica concretando la *polis* a la que corresponde el ciudadano al que hay que educar y, por consiguiente, identificando el ciudadano que ha de ser: el ciudadano de la *urbs Dei*, que aprenda a vivir bien para llegar a vivir siempre (cf. *disc. chr.* 1,1).

Inicio con esta digresión la presentación de estas sugerentes páginas, porque considero que X. Pikaza, maestro durante más de treinta años (por profesión y por vocación), recupera esta genuina senda para plantear la urgencia educativa contemporánea y la aportación que a ella puede hacer la Iglesia desde Jesús de Nazaret. En línea agustiniana, aunque él ni siquiera lo advierta, pienso que esta cristología pedagógica presenta la educación como el proceso de maduración personal y social que, a través de una máxima disciplina (la de quien es capaz de morir por los más pobres y vilipendiados de la historia), se encamina a forjar los hombres mesiánicos que están llamados a ser los ciudadanos de la Nueva Jerusalén, esa que tiene sus inicios en Galilea. De ahí la tesis de fondo de su escrito, que repite machaconamente: solo un cambio en el modelo y proceso educativo logrará que la humanidad alcance un equilibrio personal, ecológico y social; de lo contrario, caminamos hacia la destrucción (p. 9). Dicha tesis

se puede concretar aún más, como se verá a lo largo de estas líneas, pues no se puede esperar otra cosa de un cristiano comprometido que ama y mueve a ser Iglesia: solo un cambio en el modelo y proceso educativo hará de los cristianos de nuestra época esa Iglesia acorde con el mensaje del reino. En sus palabras: “Solo podemos mantener y extender la educación cristiana y ser testigos del Dios de Jesús si nos arriesgamos a salir de la fortaleza sitiada de una Iglesia que se había mantenido a la defensiva, como entidad social y espiritual donde parecía todo ya resuelto. Debemos salir, como Jesús, para dialogar y aprender, pero sobre todo para ofrecer un testimonio y camino de Evangelio fuera de los muros anteriores” (p. 339-340). Reflexiones pedagógicas con la propuesta de reforma eclesial al fondo, por tanto.

Por otra parte, incluyo esta reseña en la bibliografía trinitaria porque, si bien es verdad que no se puede obviar este trasfondo educativo (eclesial), también lo es que no estamos ante un ensayo ni neta ni primariamente pedagógico. Su autor, aunque maestro, es un teólogo, no un perito en las ciencias educativas, por lo que estas páginas rezuman, ante todo, teología, confluencia de sus intereses teológicos, como el acceso y la experiencia del Misterio (*Teodicea, Trinidad, El fenómeno religioso, Dios es Palabra, Para descubrir el camino del Padre, Dios judío, Dios cristiano, Dios preso*), la configuración de la Iglesia como comunidad mesiánica y la consiguiente reforma que el reino implica (*Pan, casa, palabra, Sistema, libertad, Iglesia, Historia y futuro de los papas*), la comprensión del ser humano desde la realidad del reino como hombre mesiánico en el Espíritu (*Antropología bíblica, La familia en la Biblia, El camino de la paz, El Señor de los ejércitos, Para comprender hombre y mujer en las religiones*), y, cómo no, la normatividad del Hijo del hombre (*Los orígenes de Jesús, El evangelio, Hijo de hombre, Éste es el hombre, Historia de Jesús*).

Cuando uno se acerca a un libro titulado *Jesús educador*, piensa ante todo en el desenvolvimiento de la pedagogía de Jesús, es decir, de la manera como el Maestro provoca en quien lo escucha esa maduración interior que desemboque en la constitución de un sujeto con orientación social en pro de la transformación de la realidad existente en el plan creacional de Dios, que es el reino, donde los pobres, recordados una y otra vez a lo largo de estas páginas, se erigen en el centro (es más, se constituyen en el factor de inclusión). Algo así como lo que Marcos refiere en su evangelio sobre el proceso de aprendizaje de unos convocados a ser discípulos mesiánicos y que, al final de la película, parece que no personalizaron gran cosa. Algo

así como lo que nos brindó hace años Juan José Bartolomé, salesiano, al desarrollar la pedagogía de Jesús. Porque no es lo mismo sostener que ‘Jesús es maestro’, que afirmar que ‘Jesús es educador’. El acento difiere considerablemente, por lo que lo que uno se espera de estas páginas puede que no se corresponda con lo que realmente halla en ellas, por mucho que el autor, con la genialidad que lo caracteriza, insufla a su lenguaje un ingenioso y acertado halo educativo (sirva como brillante muestra la escuela de Juan, pp. 70-71) que haga gustar del proyecto del evangelio la propuesta de nueva humanidad realizada a seres humanos preparados para barruntar el misterio.

¿Está radicalmente ausente esa dimensión más netamente pedagógica en el escrito? No; o al menos se intuye, sobre todo en las deliciosas páginas que van de la 231 a la 261, con las que todo amante que reivindique la dimensión social de la educación católica se sentirá plenamente identificado. En ellas el autor desarrolla a quién educar y cómo educar; presenta la educación para aprender a ver (mirar por uno mismo), juzgar (discernir) y actuar (transformar); delimita los lugares y momentos de la educación, desde la familia hasta la parroquia y catequesis, pasando por los jardines de infancia, la calle, la escuela pública, las escuelas especiales (en el sentido de lo que hoy se denomina concertadas, gran parte de las cuales están vinculadas con la Iglesia católica) y, con un toque muy carismático y sumamente sugerente, la cárcel, a cuya vera despliega el poder educativo del perdón, la fuerza de la conversión y la reeducación a través del sacramento de la reconciliación. Todo con el propósito de generar una comunidad de amor (aspecto al que Pikaza le ha dedicado espléndidas páginas de la mano de Juan de la Cruz). Eso sí, el reclamo de una ‘escuela inclusiva’, desde los pobres y marginados, desde los que no cuentan, bien por el sistema (capitalista neoliberal), bien por sí mismos (como bien explica), encuentra documentos más señeros en “La escuela católica en los umbrales del tercer milenio” (véase, p. e., el n. 15), “Las personas consagradas y su misión en la escuela” (v.gr., nn. 69, 71-72), “Educar juntos en la escuela católica” y el mismo documento de *Aparecida* (así, nn. 334, 337, 467), que en *Redemptoris missio*. Y el reclamo de una escuela ‘pública’ universal en la que no se imponga la enseñanza religiosa, sino que evoque testimonialmente la posibilidad del misterio, para que luego en otros ámbitos pedagógicos se tematice cuál sea dicho misterio, debe pasar por analizar detenidamente lo que conlleva el diálogo evangelio-cultura en las aulas, así como el apasionante reto de una

acertada programación y oferta de los denominados currículos ocultos. Pero quizá eso es más propio de otro tipo de ensayos y de alguien que no sea eminentemente teólogo.

Dicho esto, no está de más ofrecer una breve semblanza temática de lo que el lector encontrará, reitero una vez más, en esta inspiradora propuesta de 'antropología y eclesiología mesiánicas', implicativa y exigente, conversiva en definitiva. Xabier la sistematiza en cinco capítulos (cada uno de ellos dividido a su vez en dos apartados), que tienen como hilo conductor la figura histórico-pascual de Jesús de Nazaret como proclamador de un mensaje que transforma el mundo en el que le toca vivir. De ahí que la imagen de Jesús subyacente en estas páginas sea la del maestro, la del sabio, la del sanador carismático que transmite y ejecuta el proyecto de Dios (evangelio, mensaje de vida universal) a través de palabras, gestos (exorcismos) y modalidades existenciales (itinerancia, acogida, paz).

El primer capítulo, *Judaísmo múltiple: la escuela donde aprendió Jesús*, asume un acercamiento más histórico (propio de la tercera búsqueda) y presenta al Nazoreo como un hombre educado en un mundo complejo bajo el profundo magisterio de un Israel en el que confluye un conjunto de escuelas, siguiendo a Josefo (celotas, saduceos, fariseos, esenios), a los que une el judaísmo helenista, los profetas políticos y, como no podía ser menos, el imperio y su propio modelo pedagógico. En este repaso, llama la atención que el autor comience precisamente por la 'cuarta filosofía' del historiador judío, que identifica sin más con los celotas. Sin obviar el culto al 'celo' de Pinjás y Macabeos de esta sección política, estimo que sería más cauto aplicar el término 'celotas' a la facción política en la rebelión del 66 d.C. y no tanto a los años de Jesús. Pienso que más bien habría que tomar esta filosofía como una tradición de piedad marcada por el celo y el compromiso (propio de un pueblo que se considera elegido y separado de las naciones) que como una facción política en cuanto tal, pues esto solo ocurrió años más tarde. Asimismo, como buen conocedor del Apocalipsis, se sirve de este libro para oponerse al sistema imperial, y no hubiera estado mal rastrear otras teologías políticas, como la marcana por ejemplo. En la segunda parte del capítulo procede a desentrañar la educación mesiánica que seguiría Jesús en la familia, el trabajo y el encuentro con Juan Bautista. En esta exposición llamará la atención que afirme que los evangelios no hablan expresamente de la educación/maduración de Jesús (p. 50),

obviando en primera instancia afirmaciones de Lc y de Hb, de las que en cierta medida echa mano más adelante (pp. 61-62), la rotunda afirmación de que era carpintero, la reinterpretación de la concepción virginal (que retoma además al hablar de los hermanos). Interesante la importancia que le otorga a la ruptura con Juan para la forja de su propia pedagogía, si bien sería de agradecer que hubiera profundizado en el diferente mensaje entre ambos, en la diversa comprensión del juicio, verbigracia.

El segundo capítulo, en el que aflora el exegeta, nos presenta a Jesús como configurador de su propia escuela (la del reino) atendiendo a su persona, desentrañando la itinerancia mesiánica, profundizando en su experiencia de Dios como Padre (por oposición a los ídolos socio-religiosos, por lo que no hubiera estado mal, a la vera de Sobrino, completar el primer miembro de la afirmación con que Jesús también enseña que ese Padre no deja de ser Dios), presentándolo como sanador carismático —pues el “magisterio de Jesús se expresa ante todo en forma de sanación integradora y educación para la convivencia: sanar es potenciar la libertad y la comunión y sanar es impulsar la esperanza” (p. 112)— y esbozando, como ya nos tiene acostumbrados, su cercanía a los niños, con lo que evoca educar desde la lógica de la exclusión. Resume el mensaje del reino como explicación de que la vida es gracia (don de Dios) y de que todos los hombres son agraciados, llegando la realeza divina desde los pobres. Insinúa tan solo el amor al prójimo, dado que lo desarrollará más adelante. Interpreta, con acierto y belleza, la riqueza de las parábolas desde la del sembrador apelando a los estudios sobre el arte de contar de Jesús. Presenta comentarios sugerentes e interesantes de Mc 5,21-42; 7,24-30; 9,14-29. Y concluye el capítulo con la conexión eclesiológica del seguimiento, de modo que estas páginas no son tanto el reflejo de un tema cristológico erudito, cuando el encuadre de un proyecto eclesiológico, más aún, una propuesta en toda regla de antropología mesiánica. De ahí que defina a los seguidores de Jesús ‘maestros liberados para el reino’.

El tercer capítulo, más teológico, ahonda en Jesús como maestro asesinado, a la luz del acontecimiento pascual. En él presenta a un Jesús confiado en el mensaje del reino y en el Dios del reino, de forma que entra en conflicto con otra mentalidad (templo, sistema). Este planteamiento le sirve al autor para comparar su pedagogía con la de Mahoma (motivo recurrente de sus estudios). Asimismo, en el desarrollo de la cruz y su sentido, continuamente disuade de una interpretación sacrificial (que

de conocimiento en el amor, caracterizado por la gratuidad, la comunión y la conversión. En la segunda parte del mismo aporta tres claves para configurar la escuela actual: el Dios bíblico como éxtasis social y eclesial, la escuela del amor extático y la misión y enseñanza paulinas; y formula cuatro objetivos: sembrar humanidad, en la senda de la terapia y de la sanación, superando el desencanto y desencadenando una resistencia activa y realista.

Cierra la obra un balance en el que se subrayan las obsesiones del autor a lo largo de estas páginas (lo que repercute en reiteraciones): la importancia de las parábolas en la pedagogía de Jesús, constatando una enseñanza dialogada y simbólica que da que pensar; la significación de los exorcismos, que acentúan la propuesta de una educación liberadora; la centralidad de la itinerancia desde los pobres, que perfila una transformación educativa en la línea de las bienaventuranzas al margen del sistema. A estas claves añade las siguientes proposiciones: encarnación de Dios, principio galileo de la Iglesia; la alternativa del crucificado, principio jerosolimitano; cuerpo mesiánico abierto a todos los pobres y excluidos; Dios como palabra encarnada; y el Evangelio de la paz.

La edición que nos ofrece la editorial Khaf, como siempre, resulta atrayente y ejemplar. Se ve favorecida por la opción del autor de renunciar a grandes aparatos críticos, ciñéndose a una bibliografía general reseñada al inicio de cada capítulo (si bien es verdad que, en alguna ocasión, y dentro del texto, aparecen algunas citas puntuales). Aun con todo, advierto de las siguientes erratas: p. 119 (Wpara), p. 226 (Juan de Calasanz), p. 344 (Laudato S'i, 2005). —*Enrique Gómez*